

El combate se recrudeció con el auxilio de la retaguardia española que arremetió con furia en auxilio de sus compañeros, harto comprometidos con la granizada de piedras, flechas y lanzas que les llovían de árboles, trincheras y albarradas. Luján y Dávila, tomando cada uno un trozo de soldados, se internaron en el bosque, y, saliendo atrás de la trinchera de los cochuahes, iniciaron un ataque vigoroso, tenaz y perseverante, penetrando los mismos jefes en persona hasta los reductos, y cortando con sus propias espadas las ataduras del palenque en que los cochuahes se habían hecho fuertes. Esta carga tan cerrada por atrás, sostenida por los ballesteros que de frente atacaban, hizo cejar á los enemigos, poniéndolos luego en la más completa derrota, y, aunque huyeron á la desbandada, no pudieron ser perseguidos: los vencedores estaban muertos de cansancio, de hambre y de sed, y, al reunirse, notaron que habían perdido tres hombres heridos, tres muertos y un caballo fuera de servicio: era el caballo de Cisneros, intrépido ginete que también estuvo en riesgo de perecer: no obstante, el triunfo era suficiente consuelo y aliento.

La noche había cerrado por completo, y no era posible permanecer en el campo de batalla, ansiosos como estaban los soldados de tomar algún refrigerio: fué necesario avanzar al pueblo inmediato llevando á los heridos, y entraron en él á la hora del alba, mas para sufrir mayor tribulación: los vencidos, antes de desamparar sus casas, les habían prendido fuego, y el incendio había acabado con todas las habitaciones: los pozos estaban cegados con tierra é inmundicias. En aquella misma

hora nadie pudo descansar, y, mientras unos servían como centinelas en los puestos de guardia, los demás se ocupaban en hacer limpiar los pozos para proporcionarse agua potable. En la plaza había un pozo de siete ú ocho estados de hondo: quisieron limpiarlo, pues parecía el menos sucio; pero se encontraban con la dificultad de la carencia de cuerdas con qué descolgar al fondo á los trabajadores, y, discurriendo como hacerlo, echaron mano á los cabestros de los caballos y á los zaragüelles de los soldados, y, atándolos uno con otro, se utilizaron como cuerda para bajar al fondo á dos muchachos indios, quienes, con auxilio de calabazos y otros utensilios rusticos, consiguieron limpiar el pozo, hasta que dió agua bastante pura: pudieron, pues, saciar su sed y descansar el día siguiente.

Perplejo andaba Dávila en qué partido tomar: si retroceder hacia Villa Real, ó seguir abriéndose camino á viva fuerza hasta encontrarse con Montejo: al fin se decidió por ir adelante y continuó la marcha. Hubiera caído en otra celada sin un aviso que recibió: los capitanes Treviño y Villoria habían cogido prisionero á un indio principal en el último reencuentro, y éste, por congratularse con sus aprehensores, les reveló que por el camino que llevaban caerían en otra emboscada preparada, y les aconsejó que cambiasen de ruta, ofreciéndose él mismo á enseñarles un camino extraviado, con el cual faldearían la emboscada y saldrían detrás de ella. Seguido el consejo, todo sucedió como había indicado el cautivo: los que ocupaban las emboscadas y trincheras, viendo salir á los españoles á la zaga de ellos, quedaron atemorizados y confusos, y

sin vacilación abandonaron sus puestos, apelando á la fuga para salvarse. Fué este resultado asaz lisonjero, porque los españoles pudieron descansar dos días y ocuparse en curar á sus heridos.

Los fugitivos no abandonaron su propósito de hostilizar incesantemente á los extranjeros, y fueron á unirse con los del pueblo de Chinanté, en donde se fortificaron. Dávila no se detuvo, antes salió con toda su fuerza á encontrarlos, siempre tenaz en llevar á cabo su designio, aunque aquí la fuerza de los acontecimientos le puso en la precisión de doblegarse. Contra este pueblo abrigaba grande saña, porque en él habían sacrificado á los mensajeros, y quería castigar á sus habitantes de un modo ejemplar. Desde que estuvo frente al pueblo, divisó una formidable fortificación formada de troncos de árboles barreados, y defendida por innumerables guerreros, los cuales, al columbrar á los españoles, prorrumpieron en estrepitosa gritería é hicieron caer sobre ellos una lluvia de proyectiles. Los españoles rompieron el fuego con bizarría y se abalanzaron denodadamente á tomar la fortificación por asalto. Esta vez los cochuahes se mantuvieron firmes en su puesto, acribillando á los asaltantes en tales términos que, antes de que estos alcanzasen la primera albarrada defensiva, once habían caído heridos é inermes. Si hubieran continuado su marcha de frente, la abundancia de los proyectiles era tan espesa que probablemente, antes de tocar á la fortificación, todos los españoles hubieran mordido el polvo: hubo que tocar retirada, y retirarse en efecto en buen orden al pueblo de donde habían partido. Los indios tampoco los persiguie-

ron, y así pasaron la noche tranquilamente, y en la madrugada siguieron la contramarcha hasta ponerse fuera del alcance de los cochuahes, pues temían que estos, con gente de refresco, fuesen sobre ellos.

Dávila pensó ya seriamente en regresar á Villa Real; pero quería hacerlo sin que los indios le molestasen en el trayecto, pues casi todos sus soldados estaban heridos, y los caballos muy cansados: solo él persistía sano de cuerpo, y con espíritu inquebrantable. Llamó á uno de los prisioneros indios, justamente á aquel á quien salvara de la muerte en tan propicia ocasión, y, apelando ora á sus sentimientos de gratitud, ora á la intimidación, le ordenó que le condujese á Chablé por caminos excusados, de modo que salvarsen todo encuentro con indios hostiles. Por su buena suerte, el prisionero conocía todos los vericuetos y andurriales de la comarca, porque había sido comerciante y había traficado mucho por aquellos lugares. Se ofreció á conducirle por un camino secreto, anticipándole que había de sufrir hartas desazones y fatigas. A todo se allanó, y, siguiendo las huellas del guía, el pequeño ejército desapareció en la intrincada selva.

Al cabo de algunos días de andar entre oquedales sombríos, vinieron á salir á una laguna que era necesario atravesar, y la atravesaron por unos lugares vadeables. Ya la habían traspuesto, al precio de grandes tribulaciones; pero aun cruzaban un fangal en que los caballos se sumergían casi hasta las cinchas: iba á la cabeza de la vanguardia el capitán Alonso Dávila en persona, con machete en mano, abriendo camino entre el bosque, y D. Alon-

so de Luján mandando la retaguardia, cuando se escuchó gran estruendo de gritería: eran los indios cochuahe que habían atravesado la laguna y venían en persecución de los españoles. Inmediatamente Dávila hizo detener la fuerza, y, volviendo el frente contra el enemigo, fué á ocupar un llano donde la caballería pudiese maniobrar. D. Alonso de Luján tomó uno de los caballos que llevaban los heridos, lo montó, y, batiendo las piernas con las espuelas, se arrojó al pantano por donde los enemigos venían, los cuales, al ver tanta intrepidez, no se atrevieron á esperarle, y, retrocediendo rápidamente, se pusieron en salvo tras de la laguna. El sol, ya bajo, iluminaba con un tinte pálido amarillento los troncos enhiestos del sombrío oquedal, cuando los españoles, libres de riesgo de enemigos, continuaron su marcha siempre bajo la dirección del cautivo guía que á través de los bosques debía conducirlos. El camino era escabroso, porque, fuera de lo tupido de la selva, se conocía que en días anteriores algún huracán desencadenado había azotado aquellos lugares, pues á cada paso se encontraban con grandes árboles caídos, arrancados de cuajo, atravesados y sirviendo de estorbo al paso. Y para que el viaje fuese más melancólico, mientras las cigarras cantaban con chirrido estridente, una plaga de mosquitos, con eterno zumbido, se cebaba en nuestros viajeros con dolorosas y frecuentes picaduras.

A las doce de la noche, alcanzaron un pueblo de diez casas, y, aunque estaba desamparado de sus habitantes, tuvieron algún alivio, por el maíz que hallaron, y porque pudieron dormir y descansar hasta la madrugada.

Al día siguiente, se encontraron con otra partida de gente armada: hubiera sido una calamidad que fuesen atacados los españoles en aquellas circunstancias en que casi todos se hallaban casi al echar el alma, de heridos, cansados y flacos; por fortuna la partida de indios huyó, y pudo seguir Dávila su marcha sin obstáculos, durante dos días, hasta Chablé, si bien completamente persuadido de que todo el país estaba levantado, y que vientos de guerra corrían por todo su ámbito.

Así era en realidad: Chablé mismo, que siempre se había mostrado amigo, estaba soliviantado; todos sus habitantes convertidos en guerreros; y la salida al camino de Cochuah fortificada con albarradas, suponiendo que por este camino habrían de regresar los españoles. El guía, sin embargo, había sacado á Dávila por la parte opuesta del pueblo donde se habían retirado á resguardarse las mujeres, los niños y los ancianos. Grande pavor infundió á éstos la aparición repentina de los extranjeros por donde menos esperaban, y, temerosos, apelaron á la huída, y guerreros y familias, todos abandonaron el pueblo, dejando á Dávila en completo aislamiento.

No quiso el jefe español demorarse en Chablé, y á las primeras luces de la aurora levantó el campo, tomando un camino oculto para dirigirse á Macanhá, pueblo el más inmediato á la laguna de Bakhalal donde debía embarcarse. Siquiera los habitantes de Macanhá no estaban rebelados: salieron á recibir á Dávila con muestras inequívocas de amistad, le ofrecieron bastimentos, y le prestaron gustosos toda clase de servicios. Pudo descansar allí

dos días, siempre sobresaltado, temiendo alguna asechanza, que por esta vez no se realizó: sin tropiezo fué hasta Bakhalal, y, encontrando sus canoas, se embarcó para Villa Real á juntarse con la guarnición, parte de la cual se componía de cojos, mancos y enfermos.

No fué poca maravilla que hubiese podido regresar Dávila sano y salvo de esta expedición en que los trabajos fueron asombrosos, las penalidades inmensurables y los peligros de muerte cotidianos; pero todavía es más digno de encomio cómo pudo conservar su autoridad en medio de tantas contrariedades, sin poder ofrecer á sus subalternos ni la más leve fortuna, ni la esperanza de mejor porvenir, ni la seducción de un premio. Sólo se puede explicar el ascendiente que ejercía sobre sus soldados, por las dotes que le adornaban de experto y entendido capitán, de gentil y perfecto caballero, y de hombre generoso y humano. Esforzado en la lucha, severo en la disciplina, vigilante en el campo, sabía al mismo tiempo dar amenidad á sus relaciones sociales por el trato afable, por la agradable conversación, por la franqueza y liberalidad que le hacía compartir cuanto tenía con sus compañeros y amigos. Brillaba otra virtud en él, y era el cuidado de la salud y vida de sus soldados más que de las suyas propias: de su misma mano curaba á los heridos y les prodigaba consuelos; se olvidaba de sí mismo cuando se trataba de economizar dolores á los lisiados ó enfermos; renunciaba el caballo para cederlo al soldado herido; y empuñaba el machete ó el puñal vizeaíno para romper un camino, si eran escasos los que estaban en ap-

titud de hacer tan ruda tarea. Además, poseía un teniente que no le iba en zaga ni como militar, ni como caballero: era D. Alonso de Luján, que siempre se mostró tan valiente como discreto y hábil.

El ayuntamiento de Villa Real, de concierto con Alonso Dávila, dispuso oraciones y plegarias públicas en el templo, en acción de gracias por la vuelta de los expedicionarios. Luego se empezó á discutir cómo poder comunicarse con Montejo y esclarecer la verdad de los siniestros rumores que corrían. Se decía que Montejo había sido también crudamente hostilizado y obligado á salir de la tierra, y que, con toda esperanza perdida, se había embarcado, en Campeche, para México.

Decidieron, como único medio realizable, el prender á algunos indios principales de los contornos, para tenerlos en rehenes, y ofrecerles la libertad si hacían llevar cartas al Adelantado y traer la respuesta. Concertada la medida, se esperó la ocasión favorable, la cual no tardó en presentarse: se supo que en la embocadura del río Noh-Ukum se estaban reuniendo y cargando varias canoas de comercio que debían hacerse á la vela llevando mercancías al río de Ulúa en Honduras. Martín Villarubia recibió órdenes de ir en una canoa, con un piquete de soldados, á prender las canoas y á los comerciantes, y traerlos á Villa Real. Villarubia fué y cumplió fielmente su comisión: aprisionó canoas, mercancías, propietarios y comerciantes, y los llevó á la presencia de Dávila. Entre los presos estaba el hijo del cacique de Tapaén, tal vez Tipú, y esto fué un tesoro en sumo apreciable para que el jefe español desarrollase sus planes. Los puso en

prisión, suavizada con el mejor tratamiento posible, y los animó, ofreciéndoles, que si hacían llevar á Campeche unas cartas dirigidas á Montejo y se traía la respuesta, no solamente les devolvería la libertad, y les retribuiría sus canoas y mercancías, sino que, por añadidura, les haría preciosos regalos. El príncipe de Tapaén propuso que fuesen á llamar á su padre; y que de seguro, por librarle del cautiverio, se prestaría á complacer los deseos de Dávila. Venido el cacique de Tapaen, se comprometió á remitir las cartas, pidiendo término de treinta días para que volviese el mensajero con la respuesta. Excesiva fué la satisfacción de Dávila, y ya creía estar leyendo cartas del Adelantado que le sacasen de la cruel incertidumbre que le tenía de mal talante. Transcurrió el término y la respuesta no vino. Dávila empezó á entrar en sospecha de que le estaban engañando: reclamó seriamente al cacique de Tapaén, y éste se sinceraba diciendo que las cartas habían sido remitidas con diestros y hábiles postas; pero que éstos probablemente habían sido cogidos por los enemigos y asesinados sin piedad, según que tanto tardaban. Para salir del enigma, Dávila prendió al cacique y á sus cortesanos, y les mandó dar tormento, con el fin de averiguar en qué habían parado las cartas. En aquel siglo la tortura se estimaba generalmente como medio de pesquisa de los delitos, y Dávila rindió tributo al error de su época. En el tormento algunos indios confesaron que la remisión de las cartas era puro embuste, y que el cacique no se había cuidado de enviarlas á su destino. Con todo, Dávila no perdió la serenidad, y, con la mayor calma, intentó ver

si corría mejor suerte con el hijo que con el padre: púsole en libertad, dióle nuevas cartas para enviar, y conservó al cacique en rehenes. El hijo del cacique se deshizo en ofrecimientos, promesas y seguridades, como sucede siempre que se recibe un beneficio; mas apenas respiró los aires de su pueblo, se olvidó de sus ofertas, y no pensó ni en su padre cautivo, ni en volver á Villa Real. Viendo Dávila que la respuesta tardaba, y que el príncipe de Tapaén se hacía rémora en volver; fué á sus dominios; mas á pesar de sus esfuerzos no consiguió avistarse con él. Prendió algunos indios, y de ellos supo que el príncipe se había burlado de él, y que en todo pensaba menos en cumplir sus ofrecimientos. Hubiera deseado tenerle á la mano y castigar su deslealtad; pero los presos le revelaron hechos de gravedad que apresuraron su vuelta á Villa Real. Supo que los caciques circunvecinos, alentados y altivos, se habían coligado para batirlo y arrojarlo de su país, ó bien exterminarlo con toda su gente, y que ya las tropas de los aliados se estaban reuniendo á gran prisa para ir á sitiar á Villa Real.

Comprendió inmediatamente Dávila el serio peligro que corría de ser copado, y así, se apresuró á volver á Chetemal y aprestarse á vigorosa defensa. La nueva debía de ser cierta, porque unos días antes de su salida de Villa Real ya le habían hecho alguna hostilidad, robándole algunas de las canoas surtas en el puerto. No obstante, ó hubo exageración, ó los coligados desistieron del sitio, pues pasaron muchos días sin que se declarase la guerra. Volvió á entrar la confianza en Villa Real, y como

los víveres escaseaban, salió Francisco Vásquez, en canoas, con un piquete de tropa, á surtirse de maíz.

En ausencia de Vásquez, un día se distinguieron desde la costa varias piraguas que se dirijían al puerto: se creyó primero que era Vásquez que regresaba de su correría; no fué así: eran diez y nueve canoas tripuladas y armadas por indios que en número de doscientos semejaban venir de guerra y listos para un desembarque. Se tocó alarma en Villa Real; todos se dispusieron á la pelea; y por momentos se esperaba que el enemigo saltase en tierra para arremeter contra él, pues ausente toda la flota de canoas, nada se podía hacer en el mar. Las piraguas indias se pasearon tranquilamente en el puerto sin hacer la menor muestra de hostilidad, y no hallando nada en que hacer presa, se retiraron.

Al otro día, llegó Vásquez de su expedición, y, no queriendo Dávila dejar de escarmentar á los indios que le habian pasado junto á las barbas impunemente, ordenó al capitán Villarubia que con dos canoas saliese á su alcance y los batiese. Por más rapidez que empleó Villarubia en salir á la mar, no tuvo la suerte de topar al enemigo, y, desvanecida toda esperanza de atacarle, se volvió á Villa Real. En el camino, de vuelta, una de las canoas se adelantó á la otra en que iba Villarubia, y, al entrar al puerto, la que iba delantera fué detenida por varias canoas de indios, que, viéndola sola y aislada, le declararon las hostilidades. La refriega se empeñó entre la canoa y las piraguas con gran daño de los españoles, de los cuales dos cayeron heridos mortalmente por las flechas. En ese momento, Dávila mandó que saliesen algunas canoas en auxilio

de la que estaba tan fuertemente asediada. Por su lado Villarubia, oyendo las descargas, hizo fuerza de vela, y acudió presuroso á ayudar á su gente. Las piraguas indias entonces escaparon presurosas, considerándose impotentes para resistir á las fuerzas combinadas de los españoles.

Entró Villarubia á Chetemal con la nueva de la muerte de los dos soldados acaecida en la refriega, y Dávila se confirmó en la persuasión que tenía de que las hostilidades no cesarían. Continuaron, en efecto, por mar y por tierra, varios días consecutivos. Se empezó á carecer de víveres, porque los indios se negaban abiertamente á proporcionar bastimentos, los cuales se arrancaban á viva fuerza. Los soldados estaban aburridos de trabajos y contrariedades: estaban privados de todo; ellos se recosían sus trajes, y lavaban su ropa blanca; sus rostros se habían ennegrecido bajo el ardiente sol; era necesario renunciar á establecer comunicaciones con Campeche por tierra, atendida la cortedad del ejército, y la multitud de los enemigos; los caballos estaban reducidos á ocho; entre capitanes y soldados once habían perecido; en más de un año de permanencia en Chetemal no los había visitado ningún buque español, y, en consecuencia, carecían de noticias de sus compañeros de armas: en situación tan angustiosa, se imponía la necesidad apremiante de abandonar el puerto.

Alonso Dávila no quiso cargar solo la responsabilidad de tamaña determinación: reunió al ayuntamiento, y en sesión plena se deliberó acerca de la conveniencia de que la plaza se desalojase. Alcaldes y regidores, sin discrepancia, bajo juramento y